

Jimena y “Estudio”



Jimena Menéndez-Pidal, educadora

Helio
Carpintero

A los cien años de su nacimiento, y tras una década de haberla perdido y echar de menos su compañía, su figura se desprende de todo lo anecdótico, y adquiere valores esenciales, ligados todos al mundo de la formación educativa. Es la suya una personalidad socrática, que dedicó su vida a la educación, en la que, apenas sin dejar una línea, ha impreso una huella indeleble. Como sin duda lo ha hecho en sus innumerables alumnos, y en los que fuimos, a su lado, profesores. Por lo que a mí respecta, me cupo la suerte de ser, algunos años, profesor de filosofía en el colegio, sucediendo a mi admirado y añorado Antonio Rodríguez Huéscar, empezando mis clases en Miguel Ángel, 8, y terminándolas, por forzosa entrega a mi vida universitaria, en el novísimo edificio de Valdemarín.

Al tratar de comprender su persona y su obra, parece que hay que partir de aquello que tenemos, o, mejor, de todas aquellas cosas que no tenemos y echamos de me-

Concesión de la banda de la Orden de Alfonso X el Sabio por el ministro de Educación Juan Antonio Ortega, 1981.

Archivo Histórico
Fundación Estudio.

nos. De Jimena, de la Srta. Jimena, hay unos contadísimos datos, y hay su obra educativa: el Instituto-Escuela y, sobre todo, el Colegio “Estudio”. No tenemos casi todo lo demás, es decir, cuanta información habría de ir referida al sentido y el modo como ella misma se viera a sí misma y a su obra. Será, pues, necesario, más que contarla, imaginarla o inventarla.

Jimena Menéndez-Pidal ha sido, a no dudar, una persona esencialmente ligada a la figura y a la obra de su padre. Este parece haber sido su modelo, aunque a su través le ha llegado todo el movimiento de renovación nacional que inspiró Giner de los Ríos en el entorno del cambio de siglo del XIX al XX.

Hay, en los institucionistas, un sentido profundo de esencial humanidad, que obliga a reconocer en el hombre una esencia racional universal —un ser racional y moral— incardinada en una circunstancia histórica en la que ha de realizarse como ser moral y hacia la cual le liga una esencial responsabilidad. No es sólo un amor sentimental el que nos liga al terruño; es el lugar en que hemos de construir, solidariamente, un ámbito de humanidad racional.

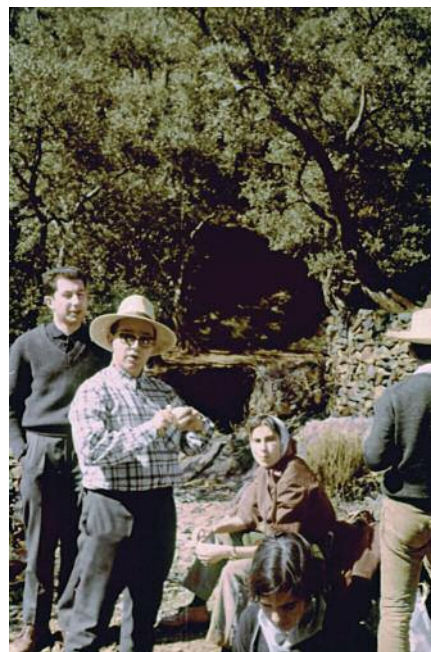
Me parece entrever algo del espíritu de Menéndez Pidal en unas palabras de 1941, sobre lo que habría querido ser en su vida.

Pues no hubiera querido ser otra cosa que lo que he sido y soy: un obrero de tantos de la cultura de mi país, afanado en los métodos más severos del trabajo científico. Nunca me dejé andar a la deriva, llevado por vientos y corrientes, pues siempre pesó sobre mi ánimo el menosprecio con que el Evangelio desecha una y otra vez al que, una vez puesta la mano en el arado, vuelve la cabeza atrás... (cit. en Pérez Villanueva, 1991, 394).

Sentido del trabajo, y del trabajo arraigado en la profunda realidad de su país; trabajo como deber, como destino, pero también trabajo situado en un plano de rigor de la ciencia, con el que comprender la índole del pueblo a que se ha sentido pertenecer. Y también trabajo como realización personal moral, de dedicación y heroísmo, en el sentido en que Giner hablara precisamente de heroísmo: esfuerzo por superar la chabacanería ambiente y ser “uno mismo”, dispuestos antes a morir que a pactar.

Desde la lengua, la historia, la épica o la literatura clásica, Menéndez Pidal ha procurado aclarar la índole histórica de los españoles. Y ha encontrado una profunda continuidad en el ser histórico de los españoles, aunque bien necesitada, a principios de siglo, de pulimento y regeneración.

Hombre estrictamente perteneciente a la generación del 98, su exploración de la literatura y la historia nacionales fueron una obra paralela a la llevada a cabo por



*Excursión a las Hurdes.
Helio Carpintero y los profesores
Victoria del Barrio y Antonio
Zulueta, con sus alumnos.
Hacia 1965.*

Cortesía de Helio Carpintero.

Azorín, Baroja, Unamuno o Machado del sentido profundo del paisaje, el sentimiento, la historia y la cultura nacionales.

Esos valores de libertad y responsabilidad personales, arraigados en una cultura y una historia, los transmitió don Ramón a su hija, asociada muy pronto a la empresa de su padre.

La imagen de esa asociación la ha contado primero María de Maeztu, luego Rafael Lapesa y Julián Marías.

Dijo María de Maeztu, hablando de don Ramón, que había consagrado la vida a su trabajo “sin permitirse nunca el menor capricho, la menor frivolidad”. Y así, de tanto leer y leer, hubo de padecer un desprendimiento de retina. Y cuenta María:

Tendido pacientemente en su lecho, hacía que su hija Jimena le leyese los viejos romances que, con el título de *Flor nueva de Romances viejos*, fueron publicados en esos meses de forzoso retiro. Llevan al frente esta dedicatoria: A Jimena, que, Antígona de mi ceguera transitoria, recreó mis días de tedio llevándome a sacar del olvido este Romancerillo, que estaba hacía muchos años arrumbado.

En torno al Romancero se había curtido el matrimonio de don Ramón con doña María Goyri; y también la relación paterno-filial de don Ramón y Jimena –una relación donde don Ramón había de ser Edipo, y Jimena su lazarillo–.

Esa continuidad es aún más marcada en el volumen que Jimena editó sobre *Cantares de Gesta y leyendas heroicas* dentro de la colección de la Biblioteca Literaria del Estudiante que editó la Junta para Ampliación de Estudios. Es una selección de poemas de gesta –desde *Bernardo del Carpio* al *Poema del Cid*– elegido, anotado e ilustrado con mapas históricos del escenario de cada poema, realizados –eso dice la portada– por Jimena.

Jimena anota los poemas y precisa sus personajes, sus expresiones, su significado, pero lo hace siguiendo la obra de su padre, incluso recogiendo casi literalmente notas puestas por don Ramón al *Poema del Cid* de Clásicos Castellanos.

En cierto modo, la personalidad de la editora se difumina, se desvanece, para dejar tan sólo ante los ojos los textos maravillosos de la épica, y aquellas brevísimas notas que aclaran la momentánea dificultad.

Los hombres de la Institución, don Ramón entre ellos, veían en la educación la única oportunidad de regeneración nacional. “Escuela y despensa” fue uno de los lemas de Joaquín Costa. Escuela y más escuela había de demandar don Francisco Giner.

Jimena fue en su día alma del naciente Instituto-Escuela, escalón nuevo en el sistema educativo diseñado por los hombres de la Institución para tener oportunidad

de modelar la segunda enseñanza. Creo recordar alguna ocasión en que, diseñando tal vez el nuevo “Estudio” de Valdemarín, contaba Jimena sus días de diseño de los pabellones del Instituto, que luego quedarían convertidos en Instituto Ramiro de Maeztu, de sentido bien distinto a aquel con que nacieran.

Ya he dicho que, en el Instituto-Escuela, Jimena con otros colaboradores pusieron en marcha la Biblioteca del Estudiante en que ella editó unos poemas de gesta. La Biblioteca la dirigía don Ramón, colaboraban –lo dice la solapa de algún volumen– nombres como los de Américo Castro, Juan Dantín, Enrique Díez Canedo, María Goyri, Miguel Herrero, Tomás Navarro o Eduardo Martínez Torner –este último, editor de un admirable *Cancionero musical* (1928)–. La colección buscaba reunir “aquellas obras mejores que el estudiante debe frecuentar en el comienzo de sus estudios para adquirir los fundamentos de su cultura tradicional hispánica”.

Repárese bien en el proyecto que ahí se descubre: hacer que los estudiantes frecuenten, es decir, vuelvan una vez y otra sobre unos textos que han de fundar una cultura tradicional hispana, esto es, una cultura que ha de enraizarlos en los valores y los logros de arte, pensamiento, de belleza y de sentido, que constituyen esa tradición de nuestro pueblo.

En realidad, en el modelo educativo de ese Instituto parecen arraigar muchos de las que iban luego a ser rasgos característicos del futuro Colegio “Estudio”. María de



*Jimena y alumnos de “Estudio”.
Toros de Guisando. 1950.*
Archivo Histórico
Fundación Estudio.

Flor Nueva
de Romances Viejos
con la dedicatoria a Jimena.



A Jimena, que Antígona de mi ceguera transitoria, recreó mis días de tedio, llevándome a sacar del olvido este Romancercillo, que estaba hacía muchos años arrumbado.

Maeztu precisó muchas de las directrices a seguir en las páginas iniciales del volumen de programas. No me resisto a recoger algunas.

La insistencia en la enseñanza activa aparece casi en cada línea. No hay que dar al alumno “hecho nada que pueda hacer por sí mismo”, dirá (1925, 31) ; hay que despertar el entusiasmo del que aprende, y ponerle en condiciones de que pueda gozar de singular alegría de “encontrar la verdad por sí mismo” (ibid.). Por otro lado, los educadores rechazarán el pragmatismo de corto alcance que quiere hacer de la escuela una simple formación preparatoria para la vida tal cual se da en el exterior de la misma. Hay que educar, dice María de Maeztu, no “para la vida ya hecha sino para la vida creadora” (id. 32); se ha de comenzar cultivando la emoción, que es la primera función infantil de comunicación con el mundo, para luego llegar al pensamiento, sobre todo al ejercicio de las facultades de comprensión y expresión: “Los hechos deben ser el final... lo primero es todo aquello que puede poblar el mundo de su fantasía, como los mitos y las leyendas” (ibid.).

En el Instituto se evitó, como luego en el Colegio, el uso del libro de texto, potenciando el del cuaderno de resúmenes, resultado de la actividad del estudiante; se fomentaría la lectura, y la socialización a través del juego. Sobre todo, dirá María de Maeztu —formada en Marburgo con Natorp, como Ortega—, la escuela tiene como fin el dar al joven “regulación y norma”, y permitir en él el desarrollo de “lo racional frente a lo espontáneo”.

Hay unas líneas brevísimas de Jimena, casi las únicas suyas que he podido encontrar, en el volumen dedicado a los planes de estudio del Instituto-Escuela, donde se ocupa del sentido pedagógico de los Juegos escolares.

Allí se ve cómo en el juego encuentra el medio idóneo para formar la personalidad social de los alumnos. Los juegos socializan al niño; le introducen en un mundo de reglas y de “moralidad”. Por eso hay que “procurar que sus juegos tengan un valor moral y físico, sin coartar la expansión del niño” (Mz. Pidal, 1925, 135). El juego se ha de jugar “bien”, aunque se puede hacer mal. Pero además, en su práctica surgen valores que van mucho más allá de la inmediata diversión: se forma el sentido de la competición, del liderazgo, y también puede nacer la segregación de los menos audaces, la desvalorización de los menos dotados, la humillación del débil o el torpe. Hay, dirá, que “fomentar la idea de colectividad y relegar la de egoísmo”, evitando “que surjan unos cuantos campeones y que el resto de los muchachos se sientan inferio-

res...” (Id.). Eso es lo que importa a Jimena: el mundo de la moral, y el sentido de la hombría y la comunidad, más que la mera diversión o la sola disciplina.

La Guerra Civil terminó con el sueño del Instituto-Escuela, con la Institución, y lo que ella representaba, y se hizo lugar común mantener que a la “vieja escuela” de la República había que atribuir la pérdida de la tradición hispana, la pérdida de los valores patrios, la deformación del alma de los escolares y, en suma, aquella situación que había sido necesario rectificar con la violencia suma de la sublevación militar.

No es posible olvidar que en el marco de la nueva situación, el control educativo ejercido por el gobierno de Franco fue absoluto, y estuvo orientado a imponer una política educativa bien definida desde la dimensión confesional católica, la separación de sexos en la clase, la imposición de una moral reaccionaria y pequeño-burguesa, y una formación política inspirada en los principios del nuevo régimen, y la reformulación de una “historia imperial” que es fácil hallar todavía en los viejos ejemplares de las enciclopedias de la época.

En ese contexto es en el que hay que comprender el temple, el valor no común y la resistencia civil ante las imposiciones inaceptables de esa nueva línea educativa que animaron a Jimena Menendez-Pidal, Ángeles Gasset, Carmen García del Diesto y un pequeño núcleo de espíritus animosos, cuyo nombre está en el recuerdo de todos los alumnos, y a los que ahora rindo aquí homenaje. La obra de Jimena ha sido el Colegio “Estudio”, y la síntesis de valores que compendia y expresa ese Colegio ha sido el *Auto de Navidad*.

¿Qué era, en su primitivo diseño, aquel Colegio? Fue una isla de educación, cultura, sentido y valores tal y como lo había concebido y sentido la Institución de Giner, el Instituto-Escuela, el museo pedagógico del señor Cossío y el señor Barnés, el pensamiento filosófico vital y nacional de Ortega y Gasset, y la moral del trabajo y la tradición encarnada por don Ramón, que se creó en Madrid, a la sombra del prestigio de este último, como institución singular en el horizonte educativo del país entero.

El Colegio buscó perpetuar, en lo posible, la enseñanza activa, movida por el afán de saber y no por el temor a suspender el examen; buscó imponer la autodisciplina y el autocontrol, a través de aquella Asociación de Alumnos donde muchos aprendieron –o aprendimos– el funcionamiento de una asamblea democrática, la exigencia de persuadir a los otros, y la posibilidad, real y existente, de que la excursión del curso no fuera a playas ni lugares de moda, sino al corazón del país, a Extremadura y las Hurdes –lo que tuvo lugar al menos en mi clase, uno de aquellos años, como experiencia inolvidable–.

Como todos recuerdan también, el Colegio hubo de marcharse de Miguel Ángel por que pesaba sobre sus directoras amenaza, nada ilusoria, de cerrar la Institución si ni-



Jose Luis Bauluz (de espaldas), Paco Hernández y alumnos de la promoción 62 plantando árboles en los terrenos de Valdemarín. 1961.

ños y niñas seguían educándose juntos. El colegio no renunció a la formación personal, sexuada que no sexual, de ambos sexos en compañía y comunicación, en ninguno de sus momentos. (Recordemos, a este propósito, que ya la Institución vio en la coeducación un “principio esencial” educativo, resorte “para la formación del carácter moral, así como de la pureza de costumbres, y el más poderoso para acabar con la actual inferioridad positiva de la mujer...” [Cossío, 1936]). Pero al defender la coeducación se enfrentaba, con toda energía, a las presiones autoritarias que venían desde fuera imponiendo la educación separada por erróneas consideraciones de moralidad.

La educación era allí —y seguro sigue siendo— siempre una educación personal, de personas y para personas. Por eso el ambiente en torno era siempre liberal. La libertad era la condición misma de la vida del centro. En aquel *sancta sanctorum* del Despacho 207 del edificio de Miguel Ángel, donde se reunían los profesores tutores con las directoras, y, ante una taza de té que subrayaba una lejana inspiración inglesa, se pasaba revista a los problemas individuales y colectivos. Allí se estimaban siempre las actividades de cada alumno, individualizado y considerado en sí mismo, con una palabra inolvidable: se las debía “cotizar”. No era darles un “valor” objetivo inmutable, ni reducir su sentido a pura medida: era ver todo acto, todo aprendizaje, todo esfuerzo como elemento de mérito o demérito de su protagonista, como obra personal de su agente, algo sometido a aprecio, a “cotización” (en función de su dónde, su historia, su propósito, su circunstancia...). Ninguna nota debía dejar de estar personalizada con un comentario individual, con una “coletilla”...

Sobre todo, el Colegio buscó y encontró modos como el estudiante adquiriera un sentido religioso de la existencia, y una impregnación en la cultura creadora de nuestro país.

Lo primero lo hizo abriendo los espíritus más bien a lo trascendente y al sentido profundo de la vida, que a los dogmas positivos de una u otra creencia determinada.

Lo segundo lo logró haciendo que los alumnos frecuentaran aquellos “fundamentos de cultura tradicional hispana” —como decía la nota anuncio de la Biblioteca del Instituto-Escuela—, aprovechando tal vez la lejana y admirada experiencia de La Barraca lorquiana —otro impulso de la Institución—. La síntesis de tradicionalidad, religiosidad, cultura, actividad del alumno y familiaridad y frecuentación de esa experiencia ha sido, como es fácil comprender, la esencia misma del *Auto de Navidad*.

El *Auto* ha sido tradición –poesía tradicional hispana admirablemente elegida, como lo mostró no hace mucho con toda precisión Pedro Álvarez de Miranda–, inspiración religiosa profunda, activo aprendizaje individual y colectivo, y monumento de identidad de la Institución, todo en una pieza. El *Auto* es, para muchos, una realidad que condensa la historia, sentimientos, espiritualidad, amistad y belleza.

Frente a las imposiciones de una pedagogía obsoleta y unos ideales deformes y sectarios, el espíritu que inspiró el Colegio “Estudio” –por debajo de todos los posibles defectos y errores que como obra humana sin duda habrá tenido– representó el tesón de un espíritu que, como el de don Ramón, vio clara la meta y, mano en el arado, no vaciló en proseguir hacia lo que veía como la meta indiscutible para una educación española a la altura del tiempo.

La señorita Jimena, aparentemente suave, tierna, débil, que rehuía con timidez cualquier lugar preeminente, cualquier tipo de presidencia y de protocolo, ha sostenido con energía indomable, incluso en aquellas horas, hacia 1955, en que el Colegio fue asaltado por pequeños grupos manipulados desde el franquismo intolerante, lo que era, no sólo la obra de su vida, sino lo que ella más quería y admiraba: la Escuela, pronunciada como ella la pronunciaba y la escribía, con E mayúscula: es decir, la escuela por antonomasia, el lugar de cultura, de humanidad y de convivencia pacífica y democrática donde se forman los seres morales y racionales.

La cultura española, sin ninguna duda, tiene una deuda imposible de evaluar con esa Escuela. Lo que en ella se realizó, en los años cuarenta, en continuidad con el pasado educativo de los institucionalistas, y contra viento y marea de la situación política imperante, ha venido con el tiempo y sobre todo con el nuevo espíritu democrático a adquirir generalidad y normalidad.

A la hora del centenario de su fundadora, el perfil de su obra es cada vez más inequívoco, y suscita mayor adhesión y estima. La “cotización” de esta Escuela es una cotización siempre en alza. Y las figuras de quienes la levantaron y de quien dirigió con mano maestra la obra, merecen nuestra gratitud.



Jimena en los terrenos de Valdemarín durante la primera plantación de árboles. 1961.

Helio Carpintero

Profesor de “Estudio” (1963-1970)

Académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas